

Comprender  
las expectativas  
de los jóvenes.  
La experiencia de Taizé

**por el Hermano Emile**

*Conferencia pronunciada  
el 7 de noviembre de 2000 en Bilbao  
y el 8 de noviembre de 2000 en San Sebastián*

Forum Deusto



## Comprender las expectativas de los jóvenes. La experiencia de Taizé

Hermano Emile\*

Para responder a la invitación que ha hecho el Forum Deusto a nuestra comunidad, he escogido hablar de algunos anhelos de los jóvenes que acogemos en Taizé .

Lo haré a partir de nuestra experiencia en Taizé, de lo que descubrimos en los jóvenes que acompañamos. Lo primero que me surgen son los rostros de los jóvenes con quienes conversamos después de la oración de la tarde en la iglesia, mientras el canto continúa.

Mi convicción es que cuanto más atentos estemos a los anhelos de las nuevas generaciones nuevas riquezas de la fe descubriremos. En efecto, quien quiera vivir de esta fuente que es la fe, descubre en la realidad que le rodea aquello que debe ayudarle a comprender mejor las riquezas que están en Cristo, para serle más fiel. Y sabemos que la fidelidad, cuando se trata de la fe cristiana, debe ser creativa.

En este sentido comprendo la reciente intervención del cardenal Danneels en el segundo sínodo sobre Europa. El comparaba el choque cultural que sufre la Iglesia a *«un choque eléctrico saludable para hacer reiniciar el corazón cristiano de Europa»*. Evocando las cuestiones que plantean nuestras sociedades, el cardenal añadía: *«Bienaventuradas preguntas que nos llevan a encontrar respuestas aún más dichosas»*.

---

\* El Hermano Emile nació en Canadá y entró en la Comunidad de Taizé en 1976, donde es uno de los responsables de animación en los Encuentros Internacionales de Jóvenes. Participa también en la organización de los encuentros europeos que, desde 1978, reúnen cada año a decenas de miles de jóvenes. En 1986 publicó *Nul n'est plus proche que l'Autre*, una meditación bíblica sobre la alteridad de Dios en los Evangelios. Su intervención sobre la acogida de jóvenes en Taizé durante la Asamblea Plenaria de Obispos en Francia se publicó en *Porposer la foi aux jeunes* (Centurion, 1996).

Hablar así supone una confianza en el Espíritu que acompaña a la Iglesia. Deseando «vivir el hoy de Dios», es con esta misma confianza que nuestra comunidad ha sido conducida a acoger a los jóvenes en Taizé y a buscar el modo de acompañarlos.

Acompañar a los jóvenes nos coloca casi con seguridad en situaciones nuevas, inéditas donde la imaginación, la creatividad y quizás el valor serán indispensables. Creo que la buena creatividad en la Iglesia, sobre todo cuando se trata de dirigirse a los jóvenes, nace de esta confianza en que Cristo continúa hablando a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. La rigidez, el inmovilismo, el miedo o —lo que aparentemente pertenece al otro extremo— la carrera desesperada tras las modas, tienen en común esta ausencia de confianza en la Novedad inagotable que es Jesucristo.

Se sabe que Juan XXIII, ese papa de la confianza, el papa del *aggiornamento*, que tanto quería que la Iglesia y su fe se actualizaran, hacía la distinción entre el contenido de la fe, que permanece, y la manera de expresarla, que cambia. Más audazmente, quizás, explicaba: «*No es la fe que ha cambiado, somos nosotros que la comprendemos mejor.*»

Es en este espíritu, que quisiera, nombrar cinco anhelos que percibo en los jóvenes e indicar, cada vez, lo que nos ha parecido como fuentes donde buscar respuestas.

Primer anhelo:

## 1. Anhelo de ser reconocido

Está claro que este anhelo se encuentra inscrito en cada corazón humano. Se halla en cada tiempo y en cada edad de la vida. ¿Por qué hablar de esta sed con respecto a los jóvenes? Porque en esta etapa de la vida puede presentarse de forma más violenta. Es, en efecto, a esta edad cuando se quiere, a la vez, afirmar la autonomía sin perder el sentimiento de pertenencia, la voluntad de ser único y al mismo tiempo el deseo de relación. Esta sed de ser reconocido cuando no es satisfecha, puede provocar crisis, desesperación, depresiones o rebeldías.

No es difícil discernir una fragilidad más grande en este campo. Para reforzar el sentimiento de pertenencia y de identidad, en otras épocas se podía contar con el enraizamiento en una región, un medio de vida, un trabajo, la vida familiar, una historia compartida. Se sabe

que todos estos apoyos, aunque no han desaparecido, han sido enormemente debilitados. Es más, lo cotidiano multiplica las elecciones y las decisiones a tomar para construirse. Se impone la idea de que la vida no es dada; la responsabilidad individual se hace demoledora. Se llega a pensar «*Todo depende de mí. Yo debo construir todo.*»

Nuestras sociedades dan preferencia a una cierta forma de reconocimiento. Se sabe reconocer la eficacia, los diplomas, la vivacidad de la inteligencia, las realizaciones atléticas o profesionales. Hay poco lugar hoy para lo que permite al joven ser reconocido en la dimensión más fundamental de su ser, lo que la Biblia llama «ser a imagen.» Es toda una parte del ser, o más bien, su fundamento mismo como misterio irreductible, lo que se abandona.

Esta situación me ayuda a comprender lo que los jóvenes dicen experimentar cuando participan por primera vez en la oración común en Taizé. Esta oración por la mañana, al mediodía y por la tarde, constituye el centro de los encuentros de jóvenes que animamos. Algunos dicen experimentar un choque casi físico al entrar en el lugar de la oración. ¿Cómo comprender esto? De modo breve, diría que ellos descubren que no son huérfanos.

Un cristiano del siglo tercero daba ya esta definición de la oración: «*Orar es sentirse no-aislado, no-abandonado.*» (Citado por Olivier Clément, *Taizé, Un sentido a la vida, Narcea, 1997,*

Lo propio de la liturgia es hacer entrar al hombre en el mundo de Dios. Y en Dios todo es recibido y todo es dado. No es ya un mundo en donde se deben agarrar las cosas y conquistarlas, sino un mundo en el que se puede recibir gratuitamente de la mano de Otro. Y lo que se recibe no son ya cosas, sino una identidad que no puede darse uno a sí mismo: «*Tú eres mi hijo, tú eres mi niño.*»

La verdadera grandeza no está en las realizaciones, sino en esta identidad. Orar, es revestirse de las ropas del hijo.

Es quizás por esto que los jóvenes vuelven a Taizé diciendo: «*Aquí, yo me siento en mi casa.*» No es un asunto de lugar o de costumbres —es en la oración común donde ha pasado algo, es la oración que les ha hecho descubrir una mirada que les reconoce por lo que son en lo más profundo de ellos mismos. Quien descubre esta mirada puede decir: «*Hay un lugar para mí, no estoy de más, soy esperado.*»

En cada ser humano se encuentra la espera de descubrir esta mirada que se comunica por la oración. Pero a menudo ésta permanece

bloqueada, prisionera del miedo, de los prejuicios, de las representaciones falsas de Dios.

Nos ha parecido importante en Taizé hacer todo lo posible para que esta fuente que es la oración se haga accesible. De ahí la búsqueda, iniciada ya hace muchos años, de ayudar a los jóvenes a orar a través del canto. Los jóvenes nos dicen a menudo cuánto aprecian el hecho de poder orar con estos cantos simples, compuestos de pocas palabras. El canto puede liberar una confianza. Lo que puede ser todavía más sorprendente es ver hasta qué punto los largos tiempos de silencio, que están en el corazón de cada oración común, cuentan para los jóvenes.

Sobre este silencio y sobre el canto, quisiera leeros algunas líneas de Olivier Clément, de su libro *Taizé - Un sentido a la vida*, (Narcea): «*El silencio es precedido y seguido por el canto, de manera que el canto lo penetra y el silencio se vuelve. Ahí, las fuerzas profundas que están en cada uno, y que no se despiertan habitualmente, comienzan a aflorar... Estamos inmersos en una civilización que favorece la inteligencia, el deseo, la sexualidad, algunas veces el ardor, la violencia en los fenómenos colectivos, pero muy poco el "corazón", en el sentido del ser más esencial de la persona ("las fuerzas del corazón quedan en barbecho" p. 74-75). El hombre de hoy vive esencialmente en estas tres dimensiones: la intelectual, la dimensión del ardor... sea la dimensión del deseo que es triturado sin cesar por toda la atmósfera de la época. El problema es justamente cómo hacer descender la inteligencia, y también hacer subir el deseo, al corazón, que es el crisol donde van a encontrarse purificados en el fuego de la gracia y donde la persona va verdaderamente a unificarse y a superarse, a unificarse y a abrirse» (p. 71-72).*

Y Olivier Clément, que conoce tan bien la tradición cristiana, añade: «*En el cristianismo, hay toda una tradición de la repetición pacificante que vacía de algún modo el intelecto de su agitación, que le permite unirse al corazón y disponerse a la oración.*»

Los cantos de Taizé se inscriben en esta tradición. No nos imaginábamos que se extenderían por tantos países. Fuera de Taizé, numerosos jóvenes rezan, en efecto, con estos cantos en sus parroquias, capellánías o grupos de oración.

Una última nota sobre este primer anhelo para añadir que las introducciones bíblicas dadas cada día por los hermanos de la comunidad son otro lugar donde los jóvenes descubren mejor lo que ellos son verdaderamente, donde se reconocen y se sienten reconocidos.

Santiago deja entender en su epístola (1,23) que la Palabra de Dios es como un espejo que nos da a conocer nuestro verdadero rostro, como si este rostro no pudiera ser revelado más que en la Palabra.

Cada día en Taizé comienza con una introducción bíblica animada por un hermano de la comunidad. La tarea es difícil, no solamente a causa del problema de las lenguas, sino también debido a la disparidad de niveles de cultura religiosa que exige una adaptación continua. Sin la convicción de que la Palabra de Dios es para ellos, este trabajo sería imposible.

Si hay una escucha real en el momento de las introducciones bíblicas, en particular para los que tienen más de 18 años, es también, sin duda, a causa de la oración común. La oración vivida despierta el deseo de conocer las fuentes de la fe. ¿Quién es el Dios del cual se ha tenido experiencia? ¿Cómo conocer al Cristo? Se equivocan los que piensan que estos jóvenes se contentan con un momento superficial de emoción.

Pasamos al segundo anhelo que formularía así:

## **2. Anhelo de saber: la vida, ¿merece la pena vivirla?**

Los jóvenes de hoy tienen las preguntas que los humanos se han planteado siempre: ¿Por qué el mal? ¿Por qué el sufrimiento? ¿Por qué la muerte? ¿Por qué las injusticias? ¿Por qué la crueldad? ¿Por qué la vida es a veces tan difícil? Estas no son preguntas nuevas. Lo que es nuevo, entre otras cosas, es que las razones por las que se hacen estas preguntas se han multiplicado debido al lugar que ocupan los medios de comunicación en la vida cotidiana. Los *mass media* hacen vivir los dramas del planeta, a veces en directo. ¿Cómo podrá la esperanza resistir?

¿Esperanza? Esta palabra casi no se admite hoy; ya que nuestro siglo contiene demasiados ejemplos de esperanzas defraudadas, o lo que es más grave, de ejemplos trágicos donde el dinamismo que crea la esperanza ha sido retorcido por la edificación de sociedades totalitarias. ¿Qué pasa cuando bajo este pretexto se prohíbe toda esperanza? *«Proclamar la ausencia de un futuro constructivo, escribe el Padre Valadier, negarse a la esperanza, es consagrar la victoria sobre sí de la nada y de las fuerzas de la disolución. ¿No será ésta la forma más perniciosa del nihilismo negativo, que corrompe las energías, disuelve las voluntades, destruye el tejido social, mientras pone la buena cara del estoicis-*

*mo valiente y sobrio? No lo debemos dudar: una apuesta esencial se juega en el futuro próximo, entre aquellos que niegan la esperanza, a menudo bajo la forma de la caricatura de las esperanzas defraudadas, y aquellos que mantienen la esperanza, no como un sueño, sino retomándola aquí y ahora y afrontando la rudeza del presente para así descubrir los trazos de un futuro humano.» (Un christianisme d'avenir, Seuil 1999, p.218)*

Cuando la esperanza se encuentra «excluida de las virtudes», como ocurre en nuestros días, se hace creer a los jóvenes que su sed de felicidad y de vida es un espejismo. Y, por lo tanto, también su sed de cambiar el mundo, de utilizar sus músculos para transformarlo. o por lo menos influenciarlo. Asistimos así a un retorno de la fatalidad en aquellos que se creen «realistas».

De ahí quizás esta fascinación por el mal que se ha instalado en los espíritus en este fin de siglo. Es urgente hoy estar junto a los jóvenes para darles la confianza de que el futuro existe, y de que dependerá, al menos parcialmente, de lo que cada uno decida hacer.

No todas estas preguntas encontrarán respuesta a lo largo de la historia. Ante la pregunta de los discípulos sobre un ciego de nacimiento, «¿por qué ha nacido ciego?», Jesús se niega a buscar una respuesta que encontraría de parte de Dios, un proyecto o un plan, como si Dios pudiera estar asociado al origen del mal. Para Cristo, Dios se encuentra en la curación, en el combate que él libra a nuestro lado para vencer el mal y la muerte. Y este combate es llevado a cabo por el Hijo amado, exponiéndose el mismo. Las cuestiones de nuestro tiempo, el rechazo de una cierta idea del Creador, nos ha hecho más atentos a esta vulnerabilidad del Dios de los evangelios, muy alejado del deísmo.

Cada viernes en Taizé, invitamos a los presentes a entrar en el misterio de la Pascua, a contemplar al Cristo de los Evangelios en su pasión.

Y entonces hay un gesto relevante. A petición de algunos cristianos rusos, comenzamos hace unos veinte años a rezar entorno a la cruz todos los viernes por la noche. Se coloca en el centro de la Iglesia un icono de la cruz. Aquellos que quieran se aproximan a la cruz para dejar allí los fardos, las malas noticias, las penas. Los jóvenes oran hasta entrada la noche. Es quizás así que algunos llegan a presentir el compromiso total de Dios con el ser humano.

Cada sábado por la noche, hay una vigilia de resurrección con otro signo, el de la luz. Celebrar así el misterio pascual no es cubrirse con un



caparazón o tener todas las respuestas sino un modo de comprender la seriedad con que Dios se toma al hombre. En el Evangelio, ¿no reconocerá Tomás a Cristo resucitado al ver las llagas y su costado abierto? Y por primera vez un cristiano pronuncia la palabra «Dios».

Abrirse a la fe es encontrarse delante *«de lo que el ojo no ha visto, ni oído oyó, ni lo que ha llegado al corazón humano»* (1Cor 2,9), en una palabra a una realidad que no es obra humana sino de Dios.

La liturgia juega un papel importante en este sentido. Ella saca al hombre de una percepción de la realidad donde lo real está limitado a lo que el hombre hace por sí mismo. Ella abre a lo que Otro ha hecho. La resurrección es esta obra de Dios que da sentido a la creación.

Pero la energía y las fuerzas liberadas en la resurrección deben también manifestarse, expandirse en todos los dominios de la vida.

En los encuentros en Taizé, para hacer descubrir este cristianismo creador, nosotros damos la palabra a jóvenes que son signos de esperanza en las situaciones de sufrimiento. Sus iniciativas, sean modestas o impresionantes, pueden hacer comprender que la historia no ha sido escrita toda, que está en gran parte por ser escrita por nuestras vidas. Y es en el seno de esta historia donde se descubren y se declinan los nuevos nombres de la gracia o, si lo prefieren, de la libertad.

Cuando en los encuentros europeos nos reunimos en las ciudades, como sucede cada año entre Navidad y Año Nuevo desde hace 22 años, es, a menudo, toda una población la que descubre que hay, en una juventud que ellos no conocían, unos recursos para caminar hacia el porvenir. (Ahora estamos preparando el próximo encuentro europeo que tendrá lugar en Barcelona a finales de año).

Los dos discípulos que marchaban hacia Emaús tuvieron la posibilidad de expresar sus preguntas e incluso su indignación: «Está muerto y, sin embargo, habíamos esperado en él.» Es deseable que existan lugares donde los jóvenes puedan expresar sus preguntas y quizás incluso su desesperación. El Resucitado no corta la palabra a los dos discípulos de Emaús, les deja hablar y luego les ayuda a comprender poco a poco lo que las Escrituras decían de El. En contacto con Jesús, la imagen que los discípulos tenían de Dios y de su gloria se modifica.

Pero se sabe bien, que en el Evangelio, al Resucitado no se le reconoce inmediatamente. Los corazones de los discípulos de Emaús están ardiendo, pero no saben exactamente por qué. Quizás también ocurra algo así con los jóvenes que participan en los encuentros europeos. La

paz y el gozo que experimentan les plantean una pregunta: ¿Dónde está la fuente?

### 3. Anhelos de autenticidad

La búsqueda de la autenticidad ha sido reconocida por numerosos autores como una de las características de la juventud y, de modo más amplio, de la modernidad. Sin cerrar los ojos a las posibles desviaciones, yo creo que en Taizé nos ha gustado siempre esta espera. El no separar palabra y vida, discurso y práctica refuerza la comprensión del Evangelio. Es cierto que es necesario caminar con los mismos jóvenes para evitar que esta búsqueda de la autenticidad no dé lugar a juicios injustos o a un idealismo irrealizable.

Los jóvenes que vemos en Taizé esperan que los cristianos sean auténticos, coherentes con las llamadas del Evangelio.

En ciertos campos, por ejemplo, el de la unidad de los cristianos, sucede que los adultos, demasiado a menudo, se acomodan a pseudo-fatalidades. Los jóvenes no comprenden que se pueda hablar de un Dios de amor y que haga falta separarse para rezar. Por el contrario, vemos cuántos están dispuestos a participar en las iniciativas para curar las heridas, para dar signos de unidad.

Esta necesidad de coherencia se hace sentir en otros campos, por ejemplo en el compartir y en el de la sencillez. La sencillez de vida en Taizé, lejos de producir un rechazo, es percibida positivamente. Un cristianismo que recurriera al poder es inaceptable a sus ojos, así como un patriotismo confesional.

Lo que es injusto e inauténtico debe desaparecer a favor de un cambio creativo y una renovación. En este sentido, a Juan XXIII le gustaba decir que: «*La juventud es un símbolo de una Iglesia que entiende que tiene que renovarse y renovar el mundo.*» Por lo tanto, ¿cómo no ver en esta aspiración de los jóvenes lo que puede conducir a la Iglesia a entender mejor su vocación?

Esta necesidad de autenticidad tiene incidencias importantes sobre lo que se llama transmisión de la fe. Lo sabemos: las estructuras tradicionales de la transmisión de la fe están hoy más que sacudidas. Para saber si la proposición evangélica es realizable, se mirará a unos individuos, a unas personas y quizás a unas comunidades. El testimonio de personas ancianas es quizás más importante que lo que se piensa y se

dice generalmente: «*tal persona se ha mantenido toda su vida en un mismo ideal, entonces, ¿no será verdad aquello que anuncia su palabra?*»

Estas líneas del teólogo y obispo alemán Walter Kasper, secretario del Consejo Pontificio para la Unidad de los cristianos, me parecen muy justas: «*En la medida que la fe pierde sus apoyos sociales, el testimonio personal se hace necesario, pues encarna el acto y el contenido de la fe de la Iglesia, de una manera radicalmente personal (...) Es solamente de este modo que pueden surgir posibilidades nuevas de identificación.*» (*La théologie et l'Église*, p. 207-208).

Quizás hoy la transmisión de la fe se produce a través del encuentro con personas que den ganas de creer.

Dicha situación no está exenta de peligros. ¿No es esto esperar demasiado de una persona o de una comunidad? ¿No es confundir lo que es el deseo de vivir radicalmente el Evangelio y la puesta en práctica de ese deseo a través de opciones fuertes con la pretensión de tener éxito? El testigo que se idealiza hoy no será el que será rechazado mañana cuando se hayan discernido los límites del hombre o de la mujer o incluso simplemente la complejidad humana en la que toda vida está cogida? De ahí la insistencia del hermano Roger de recordar a los jóvenes que somos pobres, que el Evangelio no hace jamás de nosotros maestros espirituales, sino servidores, o como la figura de Juan Bautista que no es otro que un dedo tendido hacia Cristo. Nada puede reemplazar el testimonio. Pero el testimonio no es nada si su irradiación no incluye el anuncio del perdón. ¿No es esto lo que Cristo hace comprender a aquel que lo ha negado tres veces? «*Simón, hijo de Juan, me amas?*» El recuerdo de la negación y la entrega de responsabilidad coinciden para hacer comprender que todo se fundamenta sobre el perdón.

### *Realizarse*

Quisiera pasar a otro aspecto de esta sed de autenticidad que se refiere no tanto a lo que los jóvenes esperan de la Iglesia sino más bien a lo que los jóvenes desearían poder vivir y realizar en su vida personal: un deseo de expresar y de vivir lo que cada uno tiene de original y de verdad en el fondo de sí mismo. De ahí viene que sean los músicos, los artistas, los escritores, los cineastas, a quienes ellos admiran, a veces exageradamente.

Cuando el deseo de ser verdadero y de ser fiel a lo que se lleva en el fondo de sí se desconecta de otros valores se hace fácilmente cómplice de tendencias egoístas. «Se es sincero delante de personas o de ideales», escribe justamente France Queré. Si la sinceridad no es sino «un examen ingenuo de sí, un corazón puesto al desnudo, está vacío de toda preocupación por el deber y por el prójimo» (*La Famille*, Seuil, 1990, p.180). La sinceridad no es nada si no está «tallada en el granito de la exigencia» (p. 183).

Reconocer desviaciones posibles no conduce a negar la sed de autenticidad ni el deseo de realizarse. Nada en la realización del hombre es ajeno a la fe cristiana. «Nosotros también tenemos el culto del hombre» se atrevió a decir el papa Pablo VI. Pero se podrá demostrar como lo ha hecho el filósofo Charles Taylor (*Malaise in modernity*, p. 22; trad. francés en Cerf, *Malaise dans le modernité.*) que el olvido de lo que trasciende al «yo» está en contradicción con la búsqueda de la autenticidad.

En este sentido, la indispensable conversión del corazón, la *metanoia* del Evangelio, lejos de oponerse a este deseo, puede ser presentado como un camino donde se realizará.

Al hermano Roger le gusta presentar así las fuertes llamadas del Evangelio:

*«Tú que te preguntas: ¿Cómo realizarme? Tú no aspiras a una existencia regida por reglas y sin riesgos, sino a un cumplimiento... No la complacencia contigo mismo... Tu descubrirás lo que agranda tu corazón: el hombre no se realiza sino en la presencia de Dios.»*  
(*Las fuentes de Taizé*, Madrid, 2000, PPC)

La palabra «riesgo» aparece en numerosos textos que se proponen en Taizé para la meditación de los jóvenes. Es como si al acompañar a los jóvenes, fuera necesario al mismo tiempo indicar las fuentes donde se puede alimentar una confianza vital y no temer a tomar las opciones fuertes que propone el Evangelio: «Adéntrate en aguas profundas» dice el Cristo de San Lucas (Lc 5,4).

El hermano Roger dirige estas llamadas a los jóvenes. Las palabras que crean confianza son seguidas de una invitación a arriesgarlo todo por Cristo; hay una comprensión por las dudas y al mismo tiempo una llamada a superarlas.

A título de ejemplo, quisiera leer dos de sus textos:

*«Cristo Jesús, Tú eres el que me ama hasta la vida de eternidad.  
Tú me abres el camino del riesgo. Esperas de mí no algunas migajas sino toda mi vida.»*

*Eres el que, día y noche, ora en mí. Mis balbuceos son oración: pronunciar tu solo Nombre, Jesús, colma los vacíos de mi corazón.*

*Eres el que cada mañana pone en mi dedo el anillo del pródigo, anillo de fiesta.*

*¿Habré cambiado el resplandor de Dios por algo tibio? ¿Habré "abandonado la fuente del agua viva para construirme aljibes agrietados que no retienen el agua"?*

*Tú, Cristo, me buscaste incansablemente.*

*¿Por qué he vacilado pidiendo que se me diera tiempo para ocuparme de mis asuntos? ¿Por qué he mirado hacia atrás cuando mi mano estaba ya en el arado?*

*Sin embargo, sin haberte visto te amaba, tal vez no como lo hubiera querido, pero te amaba.*

*Cristo Jesús, Tú me sugerías: vive lo poco que hayas comprendido del Evangelio, anuncia mi vida entre los hombres, ven y sígueme..*

*... Y un día, de vuelta a la fuente lo comprendí: me llamabas a una resolución sin retorno» (Las fuentes de Taizé, PPC, 2000).*

Y todavía, este texto más breve

*«Tú que quieres ser portador de un fuego hasta en las noches de la humanidad, dejarás crecer dentro de ti una vida interior que no tiene ni comienzo ni fin? Ella es una tierra de fuego. Incluso cubierta bajo la ceniza, ella arde con la pasión de una espera.*

*Lo más cautivador de tu existencia es el crecimiento continuo de esta vida interior. Allí está la aventura humana más extraordinaria.» (Passion d'une attente, p. 9)*

Llamar a vivir hasta el extremo la aventura de la fe con sus exigencias, mientras no se presente como una condición para ser aceptado, es una forma de creer en la generosidad del otro y de acogerlo.

### *El papel de la escucha*

Quien aspira a vivir una autenticidad humana y a tomar en serio las exigencias del Evangelio, sentirá la necesidad de hablar de lo que impide la marcha y, a veces, produce desánimo. La separación que existe entre lo que debo ser y lo que soy puede conducir al odio de sí, a veces a la desesperación.

Intentamos reservar el mayor tiempo posible en Taizé para la escucha de los jóvenes. Es una prioridad en la vida de los hermanos. Es una escucha que practicamos, entre otros momentos, en las noches des-

pués de la oración común. Los hermanos están disponibles para diálogos donde se busca ir lo más rápidamente posible a las cuestiones esenciales. Ciertos jóvenes vuelven para pasar una semana de silencio y son acompañados por algunos hermanos de la comunidad o por algunas hermanas de San Andrés, una comunidad de inspiración ignaciana, presente en Taizé desde hace unos treinta años.

Ser escuchado es a menudo indispensable para aprender a consentir la condición humana, aceptarse con las propias contradicciones y creer también que el tiempo será un aliado para construirse. En el fondo, compartimos lo que hemos comprendido nosotros mismos, y principalmente esto: que la distancia entre lo que somos y lo que estamos llamados a ser no debe ser un lugar de angustia, sino el lugar donde vivir la confianza.

#### 4. **Anhelos de ser confirmado en la fe**

Sin duda, tocamos aquí un cuarto anhelo que no haré más que mencionar. **La sed de ser confirmado en la fe.** Muchos esperan que alguien les diga: «Tú tienes lo que hace falta para creer. No te inquietes más por lo pequeño de tu fe.» No esperes a comprenderlo todo o a dominarlo todo para ponerte en camino. «*Vive lo poco que hayas comprendido del Evangelio*» le gusta decir al hermano Roger, una palabra que ha ayudado a numerosos jóvenes a salir de un perfeccionismo paralizante.

Estos últimos años, el hermano Roger lo ha repetido muchas veces: la fe es una confianza muy simple, tan simple que todos la pueden acoger. Las dudas no destruyen la fe. Y la palabra de San Agustín es recordada a menudo: «*El deseo de Dios es ya la fe.*»

Seguro, lo que ayuda a los jóvenes a avanzar en este sentido, a creer en sí mismos, es confiarles responsabilidades. Nosotros lo hacemos con regularidad en el marco de los encuentros en Taizé: es una opción deliberada, pero no existe otra solución pues no tenemos personal y el desarrollo de los encuentros reposa en gran medida sobre los jóvenes mismos. Es a veces sorprendente ver hasta qué punto los jóvenes pueden ser tocados por el menor gesto que manifieste una confianza en ellos.

#### 5. **Anhelos de un Dios mayor**

Los jóvenes de hoy, que en gran número se codean cotidianamente con jóvenes de otros orígenes religiosos y culturales, no entenderían

que se les presentase un Dios que esté allí sólo para unos cuantos, una esperanza de la cual estaría excluida toda una parte de la humanidad, un Dios que privilegiara una cultura sobre otra.

En esto, se aproximan a esta intuición de San Ignacio que al Padre Arrupe le gustaba recordar: «*Cuanto más universal más divino*».

¿Cómo se sitúa Cristo en relación a otras religiones? Esta cuestión nunca ha sido planteada con tanta agudeza. En los jóvenes —¡y sin duda no solamente en ellos!— lo que surge de una justa intuición, de una justa espera —Dios debe estar allí para todos y no humillar a nadie— puede dar lugar a una expresión quizás reductora del misterio cristiano. Pero si estamos realmente más a la escucha de esta espera que de su expresión deficiente, seremos llevados a ir más allá dentro de nuestra fe.

Lejos de relativizar a Cristo, esta espera debe conducirnos a purificar su anuncio de todo lo que procede de una ideología

«*Estoy más y más persuadido*, escribía Teilhard de Chardin al Padre de Lubac, *que un renacimiento cristiano está en marcha, bajo la influencia de factores intelectuales y morales irreprimibles, —que convergen siempre al mismo punto: la necesidad de un Cristo más grande para un mundo más grande.*» (*Lettres intimes de Teilhard de Chardin*, Aubier Montaigne, p. 249)

El Padre Teilhard soñaba sobre todo con descubrimientos científicos que revelasen un universo infinitamente más grande que aquel que los hombres habían imaginado hasta entonces. Pero creo que su intuición será fecunda en otros contextos.

Hemos visto la importancia de que los jóvenes tengan ocasiones de descubrir a Cristo en otras culturas. Desde hace unos quince años los responsables de la pastoral juvenil en Asia, en Africa y en América Latina envían jóvenes a Taizé para estancias de tres meses. Hemos visto cuánto cuenta en nuestros encuentros el testimonio de estos jóvenes con su sentido más desarrollado de la comunidad, del gozo y de la interioridad.

A los jóvenes también les ayuda encontrarse con cristianos que tienen una mirada positiva sobre otras religiones. Hermanos de nuestra comunidad viven desde hace más de 20 años en Bangladesh, otros están en el Senegal; en los dos casos, viven en medio de musulmanes con quienes se han tejido lazos de amistad y de confianza recíprocas. Este testimonio cuenta para ellos.

En estos últimos años, hemos propuesto a menudo para la meditación de los jóvenes un pasaje de la primera encíclica del papa Juan Pablo II: «Cristo está unido a cada ser humano sin excepción, incluso si éste no es consciente» (Redemptor Hominis). El papa cita aquí un pasaje de la *Gaudium et Spes* (22,2).

Estaríamos muy lejos de la fe cristiana, de su desarrollo histórico, de su vocación profunda, si imaginásemos o permitiésemos imaginar que el cristianismo es una realidad totalmente hecha, autosuficiente, establecida de una vez por todas en su forma y en su expresión y que mirase a los otros por encima del hombro diciendo: «Nada tenéis que aportarme.» Cristo, tal como lo ha podido expresar la conceptualidad, las filosofías y las liturgias de la cuenca mediterránea, no es todo el Cristo. San Pablo escribe que el Cristo debe todavía esperar a su estatura adulta, que está en crecimiento. No existe sino en el encuentro (esto es la Encarnación) y es por lo que toda suficiencia le es contraria.

Quisiera terminar con dos citas. La primera es de Olivier Clément. Está sacada de su libro sobre Taizé. La segunda es del hermano Roger.

De Olivier Clément:

*«Cristo es como un diamante con mil facetas. Es la unión en plenitud de todo lo divino y todo lo humano, de manera que las exploraciones de lo divino en todas las religiones y las exploraciones de lo humano en todos los humanismos —incluidos los humanismos que se pretenden ateos— pueden revelarnos algo del misterio de Cristo» (Taizé, Un sentido a vida, p. 63).*

Del hermano Roger:

*«Los cristianos están en la hora en la que la vocación a la universalidad, a la ecumenicidad, a la catolicidad, depositada en ellos por el Evangelio, puede encontrar un cumplimiento sin precedentes.*

*Desde el siglo cuarto, habrá habido pocos períodos más decisivos para los cristianos.*

*¿Tendrán un corazón tan grande, una imaginación tan abierta, un amor tan ardiente, para responder a una de las primeras llamadas del Evangelio: en cada "hoy" tomar el riesgo de reconciliarse, de ser así levadura de confianza en toda la masa de la humanidad?» (Pas-sion d'une attente, Seuil, 1985, p.133-134).*